OBRAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ

LLAMA DE AMOR VIVA

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-673-1
Depósito legal: M. 40.389-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Llama de amor viva

ADVERTENCIA

Doña Ana de Peñalosa, noble matrona de Segovia, estuvo casada con don Juan de Guevara, de quien enviudó en 1579. Habiendo perdido igualmente a su hija única, se consagró a servir a Dios por completo. En 1581 tuvo la dicha de conocer en Granada a san Juan de la Cruz. Contribuyó a la fundación y sustentación del convento carmelitano de esta ciudad y labró, a sus expensas, otro de Carmelitas Descalzos en su ciudad natal. Consiguió que fuera trasladado aquí el cuerpo del Santo, y logró quedarse con uno de sus brazos, al pasar el cuerpo por Madrid, donde ella entonces vivía.

A sus ruegos escribió san Juan de la Cruz Llama de amor viva *hacia 1584, donde declara el místico Doctor algunos de los admirables efectos y deleites producidos en el alma en su íntima unión con Dios. Consumida por la llama de amor, desea verse separada del cuerpo y contemplar cara a cara a su Amado, del que tales favores y caricias recibe.*

Como en el Cántico espiritual, *también aquí existen dos redacciones, ambas del Santo. Damos la segunda, que parece la definitiva.*

LLAMA DE AMOR VIVA

Declaración de las canciones que tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios, por el Padre Fray Juan de la Cruz, Carmelita Descalzo, a petición de doña Ana de Peñalosa, compuestas en la oración por el mismo, año de 1584.

PROLOGO

1. Alguna repugnancia he tenido, muy noble y devota señora, en declarar estas cuatro canciones que vuestra merced me ha pedido, por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comúnmente falta lenguaje; porque lo espiritual excede al sentido, y con dificultad se dice algo de la substancia del espíritu si no es con entrañable espíritu. Y por el poco que hay en mí, lo he diferido hasta ahora que el Señor parece que ha abierto un poco la noticia y dado algún calor—debe ser por el santo deseo que vuestra merced tiene, quizá como se hicieron para vuestra merced, querrá Su Majestad que para vuestra merced se declaren—, me he animado, sabiendo cierto que de mi cosecha nada que haga al caso diré en nada, cuanto más en cosas tan subidas y substanciales. Por eso, no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y por eso lo sujeto todo al mejor parecer y al juicio de nuestra Santa Madre Iglesia Católica Romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este pre-

supuesto, arrimándome a la Escritura divina, y como se lleve entendido que todo lo que se dijere es tanto menos de lo que allí hay, como lo es lo pintado de lo vivo, me atreveré a decir lo que supiere.

2. Y no hay que maravillar que haga Dios tan altas y extrañas mercedes a las almas que Él da en regalar. Porque si consideramos que es Dios, y que se las hace como Dios, y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razón; pues Él dijo *(Jn.,* 14, 23) que *en el que le amase, vendrían el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y harían morada en él;* lo cual había de ser haciéndole a él vivir y morar en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo en vida de Dios, como da a entender el alma en estas canciones.

3. Porque aunque en las canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección a que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas canciones tratan del amor ya más calificado y perfeccionado en este mismo estado de transformación. Porque aunque es verdad que lo que aquéllas y éstas dicen es todo un estado de transformación, y no se puede pasar de allí en cuanto tal, pero puede con el tiempo y ejercicio calificarse, como digo, y sustanciarse mucho más en el amor; bien así como aunque habiendo entrado el fuego en el madero le tenga transformado en sí y esté ya unido con él, todavía afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente e inflamado hasta centellear fuego de sí y llamear. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí, ya tan transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo

está unida en este fuego, sino que hace ya *viva llama* en ella. Y ella así lo siente, y así lo dice en estas canciones, con íntima y delicada dulzura de amor, ardiendo en su llama, encareciendo en estas canciones algunos efectos que hace en ella, los cuales iré declarando por el orden que en las demás; que las pondré primero juntas, y luego, poniendo cada canción, la declararé brevemente; y después, poniendo cada verso, le declararé de por sí.

CANCIONES

que hace el alma en la íntima unión de Dios

1. ¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

2. ¡Oh cauterio suave!,
¡oh regalada llaga!,
¡oh mano blanda!, ¡oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

3. ¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!

4. ¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras:
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

CANCION PRIMERA

¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya si quieres,
rompe la tela de este dulce encuentro.

DECLARACIÓN

1. Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión, y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su substancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites, sintiendo *correr de su vientre los ríos de agua viva,* que dijo el Hijo de Dios que saldrán en semejantes almas *(Jn.,* 7, 38), parécele que, pues con tanta fuerza está transformada en Dios, y tan altamente de Él poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que la está embistiendo, la está como glorificando con suave y fuerte gloria, tanto, que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va a dar la vida eterna, y que va a romper la tela de la vida mortal, y que falta muy poco, y que por esto poco no acaba de ser glorificada esencialmente, dice con gran deseo a *la llama,* que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal, por aquel dulce encuentro en que de veras la acabe de comunicar lo que cada vez parece que la va a dar cuando

la encuentra, que es glorificarla entera y perfectamente. Y así dice:

¡Oh llama de amor viva!

[VERSO 1.—*Esta vida de amor es inefable.*]

2. Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos: *oh* y *cuán*, que significan encarecimiento afectuoso; los cuales cada vez que se dicen, dan a entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el *oh* para mucho desear y para mucho rogar persuadiendo. Y para entrambos efectos usa el alma de él en esta canción; porque en ella encarece e intima el gran deseo, persuadiendo al amor que la desate.

3. Esta *llama de amor* es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y transformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en ella y echa llama, como dije; y en aquella llama, cada vez que llamea, baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y ésta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno y vale más, que cuanto había hecho toda su vida sin esta transformación, por más que ello fuese. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la transformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflama-

do y la llama de él, que la llama es efecto del fuego que allí está.

4. De donde el alma que está en este estado de transformación de amor, podemos decir que es su ordinario hábito, y es como el madero que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale cuanto es más intenso el fuego de la unión; en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el ángel que subió a Dios en la llama del sacrificio de Manué *(Judic.,* 13, 20). Y así, en este estado no puede el alma hacer actos; que el Espíritu Santo los hace todos y la mueve a ellos; y por eso todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la está dando vida eterna, pues la levanta a operación de Dios en Dios.

5. Y éste es el lenguaje y palabras que trata Dios en las almas purgadas y limpias, todas encendidas, como dijo David *(Sal.* 118, 140): *Tu palabra es encendida vehementemente;* y el Profeta *(Jer.,* 23, 29): *¿Por ventura mis palabras no son como fuego?* Las cuales *palabras,* como Él mismo dice por san Juan (6, 6), *son espíritu y vida.* Las cuales sienten las almas que tienen oídos para oírlas, que, como digo, son las almas limpias y enamoradas; que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar *el espíritu y vida* de ellas, antes las hace sinsabor. Y por eso cuanto más altas palabras decía el Hijo de Dios, tanto más algunos se desabrían por su

impureza, como fue cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la Sagrada Eucaristía, que muchos de ellos volvieron atrás.

6. Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios que habla dentro, han de pensar que no le gustarán otros, como aquí se dice, como lo gustó san Pedro en el alma cuando dijo a Cristo *(Jn.*, 6, 69): *¿Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de la vida eterna?* Y la Samaritana olvidó el agua y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios.

Y así estando esta alma tan cerca de Dios que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de *vida eterna*, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida? Mas es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a qué sabe la *vida eterna*. Que por eso la llama a la llama *viva;* no porque no sea siempre viva, sino porque le hace tal efecto, que la hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios, al modo que dice David *(Sal.* 83, 3): *Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo.* No porque sea menester decir que sea vivo, pues siempre lo está, sino para dar a entender que el espíritu y sentido, vivamente gustaban a Dios hechos [vivos] en Dios, lo cual es gustar a Dios vivo: y esto es vida de Dios y vida eterna. Ni dijera David allí: *Dios vivo,* sino porque vivamente le gustaba aunque no perfectamente, sino como un viso de vida eterna.

[VERSO 2.—*Heridas de amor.*]

Y así, en esta llama siente el alma tan vivamente a Dios y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice:

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres...

7. Esto es, que con tu ardor tiernamente me tocas. Que por cuanto esta llama es llama de vida divina, hiere al alma con ternura de vida de Dios; y tanto y tan entrañablemente la hiere y la enternece, que la derrite en amor, porque se cumpla en ella lo que en la Esposa en los Cantares (5, 6), que se enterneció tanto, que se derritió, y así dice ella allí: *Luego que el Esposo habló se derritió mi alma.* Porque el habla de Dios ése es el efecto que hace en el alma.

8. Mas, ¿cómo se puede decir que la *hiere,* pues en el alma no hay cosa ya por herir, estando ya ella toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa, que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estále arrojando sus heridas, como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivalmente las artes y juegos del amor, como en el palacio de sus bodas, como Asuero con su esposa Ester, mostrando allí sus gracias, descubriéndola allí sus riquezas y la gloria de su grandeza, para que se cumpla en esta alma lo que Él dijo en los Proverbios (8, 30-31), diciendo: *Deleitábame yo por todos los días, jugando delante de Él*

todo el tiempo, jugando en la redondez de las tierras, y mis deleites es estar con los hijos de los hombres; es a saber, dándoselos a ellos. Por lo cual, estas heridas, que son sus juegos, son llamaradas de tiernos toques que al alma tocan por momentos de parte del fuego del amor, que no está ocioso.

[VERSO 3.—*El centro del alma.*]

Los cuales, dice, acaecen y hieren

De mi alma en el más profundo centro.

9. Porque en la substancia del alma, donde ni el centro del sentido ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo, y, por tanto, tanto más segura, substancial y deleitable, cuanto más interior ella es. Porque cuanto más interior es, es más pura; y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios; y así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu; porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada. Que por cuanto el alma no puede de suyo obrar nada si no es por el sentido corporal, ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos, su negocio es ya sólo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma, sin ayuda de los sentidos, hacer obra y mover el alma en ella. Y así todos los movimientos de la tal alma son divinos; y aunque son suyos, de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.

Y porque en decir que *hiere en el más profundo centro de su alma* da a entender que tiene el

alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto.

10. Y cuanto a lo primero, es de saber que el alma, en cuanto espíritu, no tiene alto, ni bajo, ni más profundo, ni menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos; que, pues en ella no hay partes, no tiene más diferencia dentro que fuera, que toda ella es de una manera y no tiene centro de hondo y menos hondo cuantitativo; porque no puede estar en una parte más ilustrada que en otra, como los cuerpos físicos, sino toda en una manera en más o en menos, como el aire que todo está de una manera ilustrado o no ilustrado en más o en menos.

11. En las cosas, aquello llamamos *centro más profundo* que es a lo que más puede llegar su ser y virtud, y la fuerza de su operación y movimiento y no puede pasar de allí, así como el fuego y la piedra, que tienen virtud y movimiento natural, y fuerza para llegar al centro de su esfera y no pueden pasar de allí, ni dejar de llegar ni de estar allí, si no es por algún impedimento contrario y violento. Según esto, diremos que la piedra, cuando en alguna manera está dentro de la tierra, aunque no sea en lo más profundo de ella, está *en su centro* en alguna manera, porque está dentro de la esfera de su centro y actividad y movimiento; pero no diremos que está *en el más profundo centro*, que es el medio de la tierra; y así siempre le queda virtud y fuerza e inclinación para bajar y llegar hasta este más último y profundo centro si se le quita el impedimento de delante; y cuando llegare y no tuviere de suyo más virtud e inclinación para más movimiento, diremos que está *en el más profundo centro suyo*.

12. El centro del alma es Dios, al cual, cuando ella hubiere llegado según toda la capacidad de su ser, y según la fuerza de su operación e inclinación, habrá llegado al último y *más profundo centro* suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce a Dios: y cuando no ha llegado a tanto como esto, cual acaece en esta vida mortal, en que no puede llegar el alma a Dios según todas sus fuerzas, aunque esté *en este su centro*, que es Dios, por gracia y por la comunicación suya que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más y no está satisfecha, aunque esté *en el centro*, no empero *en el más profundo*, pues puede ir al más profundo de Dios.

13. Es, pues, de notar que el amor es la inclinación del alma y la fuerza y virtud que tiene para ir a Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios; y así, cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios y se concentra con Él. De donde podemos decir que cuantos grados de amor de Dios el alma puede tener, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro; porque el amor más fuerte es más unitivo. Y de esta manera podemos entender las *muchas mansiones* que dijo el Hijo de Dios haber *en la casa de su Padre* (*Jn.*, 14, 2). De manera que para que el alma esté *en su centro*, que es Dios, según lo que habemos dicho, basta que tenga un grado de amor, porque por uno solo se une con Él por gracia; y si tuviese dos grados, habrá unídose y concentrádose con Dios otro centro más adentro; y si llegare a tres, concentrarse ha como tres; y si llegare hasta el último grado, llegará a herir el amor de Dios hasta el último centro y más profundo del alma, que será

transformarla y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios, bien así como cuando el cristal limpio y puro es embestido de la luz, que cuantos más grados de luz va recibiendo, tanto más de luz en él se va reconcentrando, y tanto más se va esclareciendo; y puede llegar a tanto por la copiosidad de luz que recibe, que venga él a parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella, todo lo que puede recibir de ella, que es venir a parecer como ella.

14. Y así, en decir el alma aquí que la llama de amor hiere *en su más profundo centro*, es decir que cuanto alcanza la substancia, virtud y fuerza del alma, la hiere y embiste el Espíritu Santo. Lo cual dice, no porque quiera dar a entender aquí que sea ésta tan substancial y enteramente como en la beatífica vista de Dios en la otra vida, porque aunque el alma llegue en esta vida mortal a tan alto estado de perfección como aquí va hablando, no llega ni puede llegar al estado perfecto de gloria, aunque por ventura por vía de paso acaezca hacerla Dios alguna merced semejante; pero dícelo para dar a entender la copiosidad y abundancia de deleite y gloria que en esta manera de comunicación en el Espíritu Santo siente; el cual deleite es tanto mayor y más tierno, cuanto más fuerte y más substancialmente está transformada y reconcentrada en Dios, que por ser tanto como lo más a que en esta vida se puede llegar —aunque, como decimos, no tan perfecto como en la otra—, lo llama *el más profundo centro.* Aunque, por ventura, el hábito de la caridad puede el alma tener en esta vida tan perfecto como en la otra, mas no la operación ni el fruto; aunque el

fruto y la operación del amor crecen tanto de punto en este estado, que es muy semejante al de la otra; tanto, que pareciéndole al alma ser así, osa decir lo que solamente se osa decir de la otra; es a saber: *en el más profundo centro* de mi alma.

15. Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia son más maravillosas y menos creíbles, cual es la que vamos diciendo del alma en este estado, no dudo sino que algunas personas, no lo entendiendo por ciencia ni sabiéndolo por experiencia, o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí. Mas a todos éstos yo respondo que *el Padre de las lumbres*, cuya mano no es abreviada y con abundancia se difunde sin aceptación de personas, do quiera que halla lugar, como el rayo del sol, mostrándose también a ellos en los caminos y vías alegremente, no duda ni tiene en poco tener sus deleites con los hijos de los hombres de mancomún en la redondez de la tierra. Y no es de tener por increíble que un alma ya examinada y probada y purgada en el fuego de tribulaciones y trabajos, y variedad de tentaciones, y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió, conviene a saber *(Jn.,* 14, 23): que *si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él;* lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo y abismo de su dulzura.

16. Y si esto usa con algunas almas, como es verdad que lo usa de hacer, de creer es que ésta de que vamos hablando no se quedará atrás en

estas mercedes de Dios; pues lo que de ella vamos diciendo, según la operación del Espíritu Santo que en ella se hace, es mucho más que lo que en la comunicación y transformación de amor pasa; porque lo uno es como ascua encendida; lo otro, según habemos dicho, como ascua en que tanto se afervora el fuego, que no solamente está encendida, sino echando llama viva. Y así, estas dos maneras, de unión solamente, y de amor y unión con inflamación de amor, son en cierta manera comparadas *al fuego de Dios*, que dice Isaías (31, 9) *que está en Sión, y al horno de Dios que está en Jerusalén;* que lo uno significa a la Iglesia militante, en que está el fuego de la caridad no en extremo encendido, y la otra significa visión de paz, que es la triunfante, donde este fuego está como en horno encendido en perfección de amor. Que aunque, como habemos dicho, esta alma no ha llegado a tanta perfección como ésta, todavía en comparación de la otra unión común, es como horno encendido, con visión tanto más pacífica y gloriosa y tierna, cuanto la llama es más clara y resplandeciente, como el fuego en el carbón.

17. Por tanto, sintiendo el alma que esta viva llama del amor vivamente le está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice:

¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres!

Que es como si dijera: ¡Oh encendido amor, que con tus amorosos movimientos regaladamente estás glorificándome, según la mayor capacidad y fuerza de mi alma! Es a saber, dándome inteligencia divina según toda la habilidad y capaci-

dad de mi entendimiento, y comunicándome el amor, según la mayor fuerza de mi voluntad, y deleitándome en la substancia del alma con el torrente de tu deleite en tu divino contacto y junta substancial, según la mayor pureza de mi substancia y capacidad y anchura de mi memoria.

Y esto acaece así, y más de lo que se puede y alcanza a decir al tiempo que se levanta en el alma esta *llama de amor;* que por cuanto el alma, según la substancia y potencias, memorias, entendimiento y voluntad está bien purgada, la substancia divina, que, como dice el Sabio (7, 24), *toca en todas las partes por su limpieza, profunda y sutil y subidamente,* con su divina llama la absorbe en sí, y en aquel absorbimiento del alma en la sabiduría, el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama; y por ser tan suave, dice el alma luego:

[VERSO 4.—*Tormentos y regalos del amor.*]

Pues ya no eres esquiva.

18. Es a saber, pues ya no afliges, ni aprietas, ni fatigas como antes hacías. Porque conviene saber que esta llama de Dios, cuando el alma estaba en estado de purgación espiritual, que es cuando va entrando en contemplación, no le era tan amigable y suave como ahora lo es en este estado de unión. Y en declarar cómo esto sea, nos habemos de detener algún tanto.

19. En lo cual es de saber que antes que este divino fuego de amor se introduzca y se una en la substancia del alma por acabada y perfecta purgación y pureza, esta *llama,* que es el Espíritu Santo, está hiriendo en el alma, gastándole y con-

sumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y ésta es la operación del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la divina unión y transformación de amor en Dios. Porque es de saber que el mismo fuego de amor que después se une con el alma glorificándola, es el que antes la embiste purgándola; bien así como el mismo fuego que entra en el madero es el que primero le está embistiendo e hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus feos accidentes, hasta disponerle con su calor, tanto que pueda entrar en él y transformarle en sí.

Y esto llaman los espirituales *vía purgativa.* En el cual ejercicio el alma padece mucho detrimento y siente graves penas en el espíritu, que de ordinario redundan en el sentido, siéndole esta llama *muy esquiva.* Porque en esta disposición de purgación no le es esta llama clara, sino oscura; que si alguna luz le da, es para ver sólo y sentir sus miserias y defectos. Ni le es suave, sino penosa; porque aunque algunas veces le pega calor de amor, es con tormento y aprieto. Y no le es deleitable, sino seca; porque aunque alguna vez por su benignidad le da algún gusto para esforzarla y animarla, antes y después que acaece, lo lasta y paga con otro tanto trabajo. Ni le es reficionadora y pacífica, sino consumidora y argüidora, haciéndola desfallecer y penar en el conocimiento propio. Y así, no le es gloriosa, porque antes la pone miserable y amarga en la luz espiritual que le da de propio conocimiento, *enviando Dios fuego*—como dice Jeremías (*Tren.*, 1, 13)—*en sus huesos y enseñándola,* y como también dice David *(Sal.,* 16, 3), *examinándola en fuego.*

20. Y así, en esta sazón padece el alma acerca del entendimiento grandes tinieblas, acerca de la

voluntad grandes sequedades y aprietos, y en la memoria grave noticia de sus miserias, por cuanto el ojo espiritual está muy claro en el conocimiento propio. Y en la substancia del alma padece desamparo y suma pobreza, seca y fría, y a veces caliente, no hallando en nada alivio, ni aun pensamiento que la consuele, ni aun poder levantar el corazón a Dios, habiéndosele puesto esta llama tan esquiva, como dice Job (30, 21), que en este ejercicio hizo Dios con él, diciendo: *Mudado te me has en cruel.* Porque cuando estas cosas juntas padece el alma, le parece verdaderamente que Dios se ha hecho cruel contra ella y desabrido.

21. No se puede encarecer lo que el alma padece en este tiempo, es a saber, muy poco menos que un purgatorio. Y no sabría yo ahora dar a entender esta esquivez cuánta sea ni hasta dónde llega lo que en ella se pasa y siente, sino con lo que a este propósito dice Jeremías *(Tren.*, 3, 1-9) con estas palabras: *Yo varón, que veo mi pobreza en la vara de su indignación; hame amenazado y trájome a las tinieblas y no a la luz; tanto ha vuelto y convertido su mano contra mí. Hizo envejecer mi piel y mi carne, y desmenuzó mis huesos; cercóme en derredor, y rodeóme de hiel y de trabajo; en tenebrosidades me colocó como los muertos sempiternos; edificó en derredor de mí, porque no salga; agravóme las prisiones; y demás de esto, cuando hubiere dado voces y rogado, ha excluído mi oración; cerróme mis caminos con piedras cuadradas, y trastornó mis pisadas y mis sendas.* Todo esto dice Jeremías, y va allí diciendo mucho más. Que por cuanto en esta manera está Dios medicinando y curando al alma en sus muchas enfermedades para darle salud, por fuerza ha de penar según su dolencia en la tal purga y

cura. Porque aquí le pone Tobías (6, 8), *el corazón sobre las brasas*, para que en él *se estrique y desenvuelva todo género de demonio;* y así, aquí van saliendo a luz todas sus enfermedades, poniéndoselas en cura y delante de sus ojos a sentir.

22. Y las flaquezas y miserias que antes el alma tenía asentadas y encubiertas en sí, las cuales antes no veía ni sentía, ya con la luz y calor del fuego divino las ve y las siente; así como la humedad que había en el madero no se conocía hasta que dio en él el fuego y le hizo sudar y humear y respendar; y así hace el alma imperfecta cerca de esta llama.

Porque, ¡oh cosa miserable!, levántanse en el alma a esta sazón contrarios contra contrarios: los del alma contra los de Dios, que embisten en el alma; y, como dicen los filósofos, unos relucen cerca de los otros, y hacen la guerra en el sujeto del alma, procurando los unos expeler a los otros por reinar ellos en ella, conviene a saber, las virtudes y propiedades de Dios en extremo perfectas contra los hábitos y propiedades del sujeto del alma en extremo imperfectas, padeciendo ella dos contrarios en sí.

a) Porque como esta llama es de *extremada luz*, embistiendo ella en el alma, *su luz luce en las tinieblas* del alma, que también son extremadas; y el alma entonces siente sus tinieblas naturales y viciosas, que se ponen contra la sobrenatural luz, y no siente la luz sobrenatural, porque no la tiene en sí, como sus tinieblas, que las tiene en sí, y *las tinieblas no comprenden la luz*. Y así, estas tinieblas suyas sentirá en tanto que la luz las embistiere—porque no pueden las almas ver sus tinieblas si no embistiere en ellas la divina luz—y hasta que expeliéndolas la luz divina quede ilustrada

el alma y vea la luz en sí transformada, habiendo sido limpiado y fortalecido el ojo espiritual por la luz divina. Porque inmensa luz en vista impura y flaca, totalmente le hará tinieblas, sujetando el eminente sensible la potencia. Y así érale esta llama *esquiva* en la vista del entendimiento.

23. *b)* Y porque esta llama de suyo *en extremo* es *amorosa,* tierna y amorosamente embiste en la voluntad; y como la voluntad de suyo es seca y dura en extremo, y lo duro se siente cerca de lo tierno, y la sequedad cerca del amor, embistiendo esta llama amorosa y tiernamente en la voluntad, siente la voluntad su natural dureza y sequedad para con Dios; y no siente el amor y ternura de la llama—estando ella prevenida con dureza y sequedad, en que no caben estos otros contrarios de ternura y amor—hasta que siendo expelidos por ellos, reine en la voluntad, amor y ternura de Dios. Y de esta manera era esta llama *esquiva* a la voluntad, haciéndola sentir y padecer su dureza y sequedad.

c) Y, ni más ni menos, porque esta llama es amplísima e *inmensa,* y la voluntad es estrecha y angosta, siente su estrechura y angostura la voluntad en tanto que la llama la embiste, hasta que dando en ella la dilate y ensanche y haga capaz de sí misma. Y también, porque esta llama es sabrosa y dulce, y la voluntad tenía el paladar del espíritu destemplado con humores de desordenadas aficiones, érala desabrida y amarga, y no podía gustar el dulce manjar del amor de Dios. Y de esta manera siente también la voluntad su aprieto y sinsabor cerca de esta amplísima y sabrosísima llama, y no siente el sabor de ella, porque no la siente en sí, sino lo que tiene en sí, que es su miseria.

d) Y, finalmente, porque esta llama es de inmensas *riquezas* y *bondad* y *deleites*, y el alma de suyo es pobrísima y no tiene bien ninguno ni de que se satisfacer; conoce y siente claramente sus miserias y pobreza y malicia acerca de estas riquezas y bondad y deleites de la llama—porque la malicia no comprende a la bondad, ni la pobreza a las riquezas, etc.—hasta tanto que esta llama acabe de purificar al alma y con su transformación la enriquezca, glorifique y deleite.

De esta manera le era antes *esquiva* esta llama al alma sobre lo que se puede decir, peleando en ella unos contrarios contra otros; Dios, que es todas las perfecciones, contra todos los hábitos imperfectos de ella, para que transformándola en sí la suavice y pacifique y esclarezca, como el fuego hace al madero cuando ha entrado en él.

24. Esta purgación en pocas almas acaece tan fuerte; sólo en aquellas que el Señor quiere levantarlas a más alto grado de unión, porque a cada una dispone con purga más o menos fuerte, según el grado a que la quiere levantar, y según también la impureza e imperfección de ella. Y así esta pena se parece a la del purgatorio, porque así como allí se purgan los espíritus para poder ver a Dios por clara visión en la otra vida, así, en su manera, se purgan aquí las almas para poder transformarse en él por amor en ésta.

25. La intensión de esta purgación, y cómo es en más y cómo en menos, y cuándo es según el entendimiento y cuándo según la voluntad y cómo según la memoria, y cuándo y cómo también según la substancia del alma, y también cuándo según todo, y la purgación de la parte sensitiva y cómo se conocerá cuándo lo es la una y la otra, y a qué tiempo y punto y sazón del camino espiritual co-

mienza, porque lo tratamos en la *Noche oscura de la Subida del Monte Carmelo,* y no hace ahora a nuestro propósito, no lo digo. Basta saber ahora que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por unión y transformación de amor, es el que antes está embistiendo en ella y purgándola con la luz y calor de su divina llama; así como el mismo fuego que entra en el madero es el que le dispone como hemos dicho. Y así, la misma que ahora le es suave estando dentro embestida en ella, le era antes *esquiva* estando fuera embistiendo en ella.

26. Y esto es lo que quiere dar a entender cuando le dice el alma el presente verso:

Pues ya no eres esquiva,

que en suma es como si dijera: Pues ya no solamente no me eres oscura como antes, pero eres la divina luz de mi entendimiento, con que te puedo ya mirar; y no solamente no haces desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la fortaleza de mi voluntad con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en divino amor; y ya no eres pesadumbre y aprieto para la substancia de mi alma, mas antes eres la gloria y deleite y anchura de ella, pues que de mí se puede decir lo que se canta en los divinos Cantares (8, 5), diciendo: *¿Quién es ésta que sube del desierto abundante en deleites, estribando sobre su Amado, acá y allá vertiendo amor?*

[VERSO 5.—*El alma desea la unión perfecta.*]

Pues esto es así:

Acaba ya si quieres.

27. Es a saber, acaba ya de consumar conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu beatífica vista; porque ésta es la que pide el alma. Que aunque es verdad que en este estado tan alto está el alma tanto más conforme y satisfecha cuanto más transformada en amor, y para sí ninguna cosa sabe ni acierta a pedir, sino todo para su Amado; pues *la caridad,* como dice san Pablo (1 *Cor.,* 13, 5), *no pretende para sí sus cosas,* sino para el Amado; porque vive en esperanza, todavía, aunque no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la acabada posesión de la adopción de los hijos de Dios, donde consumándose su gloria se quietará su apetito. El cual, aunque acá más juntura tenga con Dios, nunca se hartará ni quietará, hasta que parezca su gloria, mayormente teniendo ya el sabor y golosina de ella, como aquí se tiene. Que es tal, que si Dios no tuviese aquí favorecida también la carne, amparando el natural con su diestra—como hizo a Moisés en la piedra, para que sin morirse pudiese ver su gloria *(Ex.,* 33, 22)—, a cada llamarada de éstas se rompía el natural y moriría, no teniendo la parte inferior vaso para sufrir tanto y tan subido fuego de gloria.

28. Y por esto, este apetito y la petición de él no es aquí con pena, que no está aquí el alma capaz de tenerla, sino con deseo suave y deleitable, pidiendo la conformidad de su espíritu y sentido. Que por eso dice en el verso:

Acaba ya si quieres,

porque está la voluntad y apetito tan hecho uno con Dios, que tiene por su gloria cumplirse lo que Dios quiere.

Pero son tales las asomadas de gloria y amor que en estos toques se traslucen quedar por entrar a la puerta del alma, no cabiendo por la angostura de la casa terrestre, que antes sería poco amor no pedir entrada en aquella perfección y cumplimiento de amor. Porque, además de esto, ve allí el alma que en aquella fuerza deleitable y comunicación del Esposo la está el Espíritu Santo provocando y convidando con aquella inmensa gloria que le está proponiendo ante sus ojos, con maravillosos modos y suaves afectos, diciéndole en su espíritu lo que en los Cantares (2, 10-14) a la Esposa, lo cual refiere ella diciendo: *Mirad lo que me está diciendo mi Esposo: Levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues que ya ha pasado el invierno y la lluvia se fue y alejó, y las flores han aparecido en nuestra tierra. Y ya ha llegado el tiempo de podar, y la voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra; la higuera ha producido sus frutos, las floridas viñas han dado su olor. Levántate, amiga mía, graciosa mía, y ven, paloma mía, en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca; muéstrame tu rostro suave, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso.* Todas estas cosas siente el alma y las entiende distintísimamente en subido sentido de gloria, que la está mostrando el Espíritu Santo en aquel tierno y suave llamear con gana de entrarla en aquella gloria; y por eso ella aquí, provocada, responde diciendo:

Acaba ya si quieres,

en lo cual pide al Esposo aquellas dos peticiones que Él nos enseñó en el Evangelio (*Mt.*, 6, 10), conviene a saber: *Adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua;* y, es así, como si dijera: *acaba,* es a

saber, de darme este reino; *si quieres*, esto es, según es tu voluntad.

[VERSO 6.—*Desea morir de amor.*]

Y para que así sea

Rompe la tela de este dulce encuentro.

29. La cual *tela* es la que impide este tan grande negocio; porque es fácil cosa llegar a Dios quitados los impedimentos y rompidas *las telas* que dividen la junta entre el alma y Dios. Las *telas* que pueden impedir esta junta, y que se han de *romper* para que se haga y posea perfectamente el alma a Dios, podemos decir que son tres, conviene a saber: temporal, en que se comprenden todas las criaturas; natural, en que se comprenden las operaciones e inclinaciones puramente naturales; la tercera, sensitiva, en que sólo se comprende la unión del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice san Pablo (2 *Cor.*, 5, 1): *Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitación de Dios en los cielos.* Las dos primeras telas, de necesidad se han de haber rompido para llegar a esta posesión de unión de Dios, en que todas las cosas del mundo estén negadas y renunciadas, y todos los apetitos y afectos naturales mortificados, y las operaciones del alma de naturales ya hechas divinas.

Todo lo cual se rompió e hizo en el alma por los encuentros esquivos de esta llama cuando era ella *esquiva;* porque con la purgación espiritual que arriba hemos dicho, acaba el alma de romper con estas dos telas, y de ahí viene a unirse con Dios,

como aquí está, y no queda por romper más que la tercera de la vida sensitiva. Que por eso dice aquí la *tela* y no telas; porque no hay más que ésta que romper, la cual por ser ya tan sutil y delgada y espiritualizada con esta unión de Dios, no la encuentra la llama rigurosamente como a las otras dos hacía, sino sabrosa y dulcemente; que por eso dice aquí y llama *dulce encuentro,* el cual es tanto más dulce y sabroso cuanto más le parece que le va a romper la tela de la vida.

30. Donde es de saber que el morir natural de las almas que llegan a este estado, aunque la condición de su muerte, cuanto al natural, es semejante a las demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia. Porque si las otras mueren, muerte causada por enfermedad o por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran o en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados y más poderoso y valeroso, pues pudo *romper la tela* y llevarse la joya del alma.

Y así, la muerte de semejantes almas es muy suave y muy dulce, más que les fue la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el cisne, que canta más suavemente cuando se muere. Que por eso dijo David *(Sal.* 115, 15) que era *preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios,* porque por aquí vienen en uno a juntarse todas las riquezas del alma, y van allí a entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí ya tan anchos y represados, que parecen ya mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros, para acompañar al justo que va y parte para su reino,

oyéndose ya las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaías (24, 16), son *glorias del justo.*

31. Sintiéndose, pues, el alma a la sazón de estos gloriosos encuentros tan al canto de salir a poseer acabada y perfectamente su reino, en las abundancias de que se ve estar enriquecida—porque aquí se conoce pura y rica y llena de virtudes y dispuesta para ello; porque en este estado deja Dios al alma ver su hermosura, y fíale los dones y virtudes que le ha dado, porque todo se le vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presunción ni vanidad, no habiendo ya levadura de imperfección que corrompa la masa—; y como se ve que no le falta más que romper esta flaca tela de vida natural en que se siente enredada, presa e impedida su libertad, *con deseo de verse desatada y verse con Cristo,* haciéndole lástima que una vida tan baja y flaca la impida otra tan alta y fuerte, pide que se rompa diciendo:

Rompe la tela de este dulce encuentro.

32. Y llámala *tela* por tres cosas: La primera, por la trabazón que hay entre el espíritu y la carne; la segunda, porque divide entre Dios y el alma; la tercera, porque así como la tela no está tan tupida y condensa que no se pueda traslucir lo claro por ella, así en este estado parece esta trabazón tan delgada tela, por estar ya muy espiritualizada e ilustrada y adelgazada, que no se deja de traslucir la Divinidad en ella; y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de estotra y parécele mucho delgada tela, y aun tela de araña,, como la llama David *(Sal.,* 89, 9), diciendo: *Nuestros años como la*

araña meditarán. Y aún es mucho menos delante del alma que así está engrandecida; porque como está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como Dios; delante del cual, como también dice David *(Sal.* 79, 4), *mil años son como el día de ayer que pasó.* Y según Isaías (40, 17), *todas las gentes son como si no fuesen.* Y ese mismo tomo tienen delante del alma, que todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada; sólo su Dios para ella es el todo.

33. Pero hay aquí que notar: ¿por qué razón pide aquí más que *rompa* la tela, que la corte o que la acabe, pues todo parece una cosa? Podemos decir por cuatro cosas:

La *primera,* por hablar con más propiedad; porque más propio es del encuentro romper que cortar y que acabar.

La *segunda,* porque el amor es amigo de fuerza de amor y de toque fuerte e impetuoso, lo cual se ejercita más en el romper que en el cortar y acabar.

La *tercera,* porque el amor apetece que el acto sea brevísimo, porque se cumpla más presto, y tiene tanta más fuerza y valor cuanto es más presto y más espiritual; porque la virtud unida, más fuerte es que esparcida. E introdúcese el amor al modo que la forma en la materia, que se introduce en un instante y hasta entonces no había acto sino disposición para él. Y así los actos espirituales, como en un instante se hacen en el alma, porque son infusos de Dios; pero los demás que el alma de suyo hace, más se pueden llamar disposiciones de deseos y afectos sucesivos, que nunca llegan a ser actos perfectos de amor o contemplación, sino algunas veces cuando, como digo, Dios los forma y perfecciona con gran brevedad en el

espíritu. Por lo cual dijo el Sabio que el fin de la oración es mejor que el principio, y lo que comúnmente se dice, que la oración breve penetra los cielos. De donde el alma que ya está dispuesta, muchos más y más intensos actos puede hacer en breve tiempo que la no dispuesta en mucho; y aun por la gran disposición que tiene, se suele quedar por mucho tiempo en el acto de amor o contemplación. Y a la que no está dispuesta, todo se le va en disponer el espíritu; y aun después se suele quedar el fuego por entrar en el madero, ahora por la mucha humedad de él, ahora por el poco calor que dispone, ahora por lo uno y por lo otro; mas en el alma dispuesta, por momentos entra el acto de amor, porque la centella a cada toque prende en la enjuta yesca. Y así, el alma enamorada más quiere la brevedad del *romper* que el espacio del cortar y acabar.

La *cuarta* es porque se acabe más presto la tela de la vida. Porque el cortar y acabar hácese con más acuerdo, porque se espera que la cosa esté sazonada o acabada, o algún otro término, y el romper no espera al parecer madurez ni nada.

34. Y esto quiere el alma enamorada, que no sufre dilaciones de que se espere a que naturalmente se acabe la vida ni a que en tal o tal tiempo se corte; porque la fuerza del amor y la disposición que en sí ve, la hacen querer y pedir se rompa luego la vida con algún encuentro o ímpetu sobrenatural de amor. Sabe muy bien aquí el alma que es condición de Dios llevar antes de tiempo consigo las almas que él mucho ama, perfeccionando en ellas en breve tiempo por medio de aquel amor lo que en todo suceso por su ordinario paso pudiera ir ganando. Porque esto es lo que dice el Sabio (4, 10-14): *El que agrada a Dios, es hecho*

amado; y viviendo entre los pecadores, fue trasladado y arrebatado, porque la malicia no mudara su entendimiento, o la ficción no engañara su alma. Consumado en breve, cumplió muchos tiempos. Porque era su alma agradable a Dios, por tanto se apresuró a sacarle de en medio, etc. Hasta aquí son palabras del Sabio, en las cuales se verá con cuánta propiedad y razón usa el alma de aquel término *romper;* pues en ellas usa el Espíritu Santo de estos dos términos: *arrebatar* y *apresurar,* que son ajenos de toda dilación. En el *apresurarse* Dios se da a entender la prisa con que hizo perfeccionar en breve el amor del justo; y en el *arrebatar* se da a entender llevarle antes de su tiempo natural. Por eso es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque consumándose en breve, no se detenga mucho acá o allá sin ver a Dios.

35. Pero veamos ahora por qué también a este embestimiento interior del Espíritu Santo le llama *encuentro,* más que otro nombre alguno. Y es la razón, porque sintiendo el alma en Dios infinita gana, como habemos dicho, de que se acabe la vida, y que como no ha llegado el tiempo de su perfección no se hace, echa de ver que para consumarla y elevarla de la carne, hace Él en ella estos embestimientos divinos y gloriosos, a manera de *encuentros,* que, como son a fin de purificarla y sacarla de la carne, verdaderamente son encuentros con que siempre penetra, endiosando la substancia del alma, haciéndola divina, en lo cual absorbe al alma sobre todo ser el ser de Dios. Y la causa es porque la *encontró* Dios y la traspasó en el Espíritu Santo vivamente, cuyas comunicaciones son impetuosas, cuando son afervoradas, como lo es este *encuentro.* Al cual, porque el

alma vivamente gusta de Dios, llama *dulce;* no porque otros muchos toques y *encuentros* que en este estado reciben dejen de ser dulces, sino por la eminencia que tiene sobre todos los demás; porque lo hace Dios, como habemos dicho, a fin de desatarla y glorificarla presto, de donde a ella le nacen alas para decir: *Rompe la tela,* etc.

36. Resumiendo, pues, ahora toda la canción, es como si dijera: *¡Oh llama* del Espíritu Santo, que tan íntima y tiernamente traspasas la substancia de mi alma y la cauterizas con tu glorioso ardor! Pues ya estás tan amigable que te muestras con gana de dárteme en vida eterna, si antes de ahora mis peticiones no llegaban a tus oídos, cuando con ansias y fatigas de amor, en que penaba mi sentido y espíritu por la mucha flaqueza e impureza mía y poca fortaleza de amor que tenía, te rogaba me desatases y llevases contigo, porque con deseo te deseaba mi alma, porque el amor impaciente no me dejaba conformar tanto con esta condición de vida que tú querías que aún viviese; y si los pasados ímpetus de amor no eran bastantes, porque no eran de tanta calidad para alcanzarlo, ahora que estoy tan fortalecida en el amor, que no sólo no desfallece mi sentido y espíritu en ti, mas antes, fortalecidos de ti, *mi corazón y mi carne se gozan en Dios vivo (Ps.* 83, 2) con grande conformidad de las partes; donde lo que tú quieres que pida, pido; y lo que tú no quieres, no quiero, ni aun puedo, ni me pasa por pensamiento querer; y pues son ya delante de tus ojos más válidas y estimadas mis peticiones, pues salen de ti y tú me mueves a ellas, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, *saliendo ya mi juicio de tu rostro (Ps.* 16, 2), que es cuando los ruegos precias y oyes, *rompe la tela* delgada

de esta vida, y no la dejes llegar a que la edad y años naturalmente la corten, para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma sin término ni fin.

CANCION II

¡Oh cauterio suave!,
¡oh regalada llaga!,
¡oh mano blanda!, ¡oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

DECLARACIÓN

1. En esta canción da a entender el alma cómo las tres Personas de la Santísima Trinidad, Padre e Hijo y Espíritu Santo, son los que hacen en ella esta divina obra de unión. Y así la *mano* y el *cauterio* y el *toque,* en substancia, son una misma cosa; y póneles estos nombres, por cuanto por el efecto que hace cada una les conviene. El *cauterio* es el Espíritu Santo; la *mano* es el Padre, y el *toque,* el Hijo. Y así engrandece aquí el alma al Padre e Hijo y Espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes que en ella hacen, por *haberla trocado su muerte en vida,* transformándola en Sí.

La primera es *llaga regalada,* y ésta atribuye al Espíritu Santo, y por eso la llama *cauterio suave.*

La segunda es *gusto de vida eterna,* y esto atribuye al Hijo, y por eso la llama *toque delicado.*

La tercera es haberla transformado en Sí, que es dádiva con que queda bien pagada el alma, y ésta

atribúyese al Padre, y por eso la llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombra las tres por causa de las propiedades de los efectos, sólo con una habla, diciendo: *En vida la has trocado*, porque todos ellos obran en uno; y así todo lo atribuye a uno, y todo a todos.

[VERSO 1.—*Cauterio de amor.*]

Síguese el verso:

¡Oh cauterio suave!

2. Este *cauterio*, como habemos dicho, es aquí el Espíritu Santo. Porque, como dice Moisés en el Deuteronomio (4, 24): *Nuestro Señor Dios es fuego consumidor;* es a saber: fuego de amor, el cual, como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir y transformar en Sí al alma que tocare. Pero a cada una abrasa y absorbe como la halla dispuesta: a una más y a otra menos; y esto cuanto Él quiere y como y cuando quiere. Y como Él sea infinito fuego de amor, cuando Él quiere tocar el alma algo apretadamente, es el ardor del alma en tan sumo grado de amor, que le parece a ella que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo. Que por eso en esta junta llama ella al Espíritu Santo *cauterio*, porque así como en el cauterio está el fuego más intenso y vehemente, y hace mayor efecto que en los demás ignitos, así el acto de esta unión, por ser inflamado fuego de amor más que todos los otros, por eso le llama *cauterio* respecto de ellos. Y por cuanto este divino fuego, en este caso, tiene transformada el alma en sí, no solamente siente cauterio, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego.

3. Y es cosa admirable y digna de contar, que con ser este fuego de Dios tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiría mil mundos que con el fuego de acá una raspa de lino, no consuma y acabe el alma en que arde de esta manera, ni menos le dé pesadumbre alguna, sino que antes a la medida de la fuerza del amor la endiosa y deleita, abrasando y ardiendo en ella suavemente. Y esto así, por la pureza y perfección del espíritu en que arde en el Espíritu Santo, como acaeció en los Actos de los Apóstoles (2, 3), donde viniendo este fuego con grande vehemencia abrasó a los discípulos, los cuales, como dice san Gregorio, interiormente ardieron en amor suavemente. Y esto es lo que da a entender la Iglesia cuando dice al mismo propósito: «Vino fuego del cielo, no quemando, sino resplandeciendo; no consumiendo, sino alumbrando.» Porque en estas comunicaciones, como el fin de Dios es engrandecer al alma, no la fatiga y aprieta, sino ensánchala y deléitala; no la oscurece ni enceniza, como el fuego hace al carbón, sino clarifícala y enriquécela, que por eso le dice ella *cauterio suave*.

4. Y así, la dichosa alma que por grande ventura a este cauterio llega, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace, y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, nada le toca; porque esta alma es de quien dice el Apóstol (1 *Cor.*, 2, 15): *El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado. Et iterum* (v. 10): *El espíritu todo lo rastrea, hasta lo profundo de Dios.* Porque ésta es la propiedad del amor, escudriñar todos los bienes del Amado.

5. ¡Oh gran gloria de almas que merecéis llegar a este sumo fuego, en el cual, pues hay infinita fuerza para consumiros y aniquilaros, está

cierto que no consumiéndoos, inmensamente os consuma su gloria. No os maravilléis que Dios llegue a algunas almas altamente hasta aquí, pues que el sol se singulariza en hacer algunos efectos maravillosos, el cual, como dice el Espíritu Santo, de tres maneras abrasa los montes, esto es de los santos.

Siendo, pues, este cauterio tan suave como aquí se ha dado a entender, ¿cuán regalada creeremos que estará el alma que de él fuere tocada? Que queriéndolo ella decir no lo dice, sino quédase con la estimación en el corazón y con el encarecimiento en la boca por este término *oh*, diciendo:

¡Oh cauterio suave!,
¡oh regalada llaga!

[VERSO 2.—*Llaga de amor.—Transverberación.*]

6. Habiendo el alma hablado con el *cauterio*, habla ahora con la *llaga* que hace el cauterio; y como el cauterio era suave, según se ha dicho, la llaga, según razón, ha de ser conforme al cauterio. Y así llaga de *cauterio suave* será *llaga regalada*; porque siendo el cauterio de amor suave, ella será llaga de amor suave, y así será regalada suavemente.

7. Y para dar a entender cómo sea esta llaga con quien ella aquí habla, es de saber que el cauterio del fuego material en la parte do asienta siempre hace llaga; y tiene esta propiedad, que si se asienta sobre llaga que no era de fucgo, la hace que sea de fuego. Y eso tiene este cauterio de amor, que en el alma que toca, ahora esté llagada de otras llagas de miserias y pecados, ahora esté sana, luego la deja llagada de amor; y ya

las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor.

Pero en esto hay diferencia de este amoroso cauterio al del fuego material, que éste la llaga que hace no la puede volver a sanar, si no aplican otros medicables; pero la llaga del cauterio de amor no se puede curar con otra medicina, sino que el mismo cauterio que la hace la cura, y el mismo que la cura, cuando la cura, la hace. Porque cada vez que toca el cauterio de amor en la llaga de amor, hace mayor llaga de amor, y así cura y sana más, por cuanto llaga más. Porque el amante, cuanto más llagado, está más sano, y la cura que hace el amor es llagar y herir sobre lo llagado, hasta tanto que la llaga sea tan grande que toda el alma venga a resolverse en llaga de amor. Y de esta manera ya toda cauterizada y hecha una llaga de amor, está toda sana en amor, porque está transformada en amor. Y en esta manera se entiende la llaga de que aquí habla el alma, toda llagada y toda sana. Y porque aunque está toda llagada y toda sana, el cauterio de amor no deja de hacer su oficio, que es tocar y herir de amor, por cuanto ya está todo regalado y todo sano, el efecto que hace es regalar la llaga, como suele hacer el buen médico. Por eso dice bien aquí el alma:

¡oh regalada llaga!

¡Oh, pues, llaga tanto más regalada, cuanto es más alto y subido el fuego de amor que la causa! Porque habiéndola hecho el Espíritu Santo sólo a fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar al alma sea grande, grande será esta llaga, porque grandemente será regalada.

8. ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe

sino sanar! ¡Oh venturosa y mucho dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo, y la calidad de tu dolencia es regalo y deleite del alma llagada! Grande eres, ¡oh deleitable llaga!, porque es grande el que te hizo; y es grande tu regalo, pues el fuego de amor es infinito, que según tu capacidad y grandeza te regala. ¡Oh, pues, regalada llaga, y tanto más subidamente regalada cuanto más en el íntimo centro de la substancia del alma tocó el cauterio, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar!

Este cauterio y esta llaga podemos entender que es el más alto grado que en este estado puede ser, porque hay otras muchas maneras de cauterizar Dios al alma, que ni llegan aquí ni son como ésta, porque ésta es toque sólo de la divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna intelectual ni imaginaria.

9. Pero otra manera de cauterizar al alma con forma intelectual suele haber muy subida, y es en esta manera. Acaecerá que estando el alma inflamada en amor de Dios aunque no esté tan calificada como aquí habemos dicho—pero harto conviene que lo esté para lo que aquí quiero decir—, que sienta embestir en ella un serafín con una flecha o dardo encendidísimo en fuego de amor, traspasando a esta alma que ya está encendida como ascua, o, por mejor decir, como llama, y cauterízala subidamente; y entonces en este cauterizar traspasándola con aquella saeta, apresúrase la llama del alma y sube de punto con vehemencia, al modo que un encendido horno o fragua cuando la hornaguean o trabucan el fuego y afervoran la llama. Y entonces, al herir de este encendido dardo, siente la llaga el alma en deleite soberano; porque demás de ser ella toda removida en gran suavidad

al trabucamiento y moción impetuosa causada por aquel serafín, en que siente grande ardor y derretimiento de amor, siente la herida fina y la hierba con que vivamente iba templando el hierro, como una viva punta en la substancia del espíritu, como en el corazón del alma traspasado.

10. Y en este íntimo punto de la herida, que parece que da en la mitad del corazón del espíritu, que es donde se siente lo fino del deleite, ¿quién podrá hablar como conviene? Porque siente el alma allí como un grano de mostaza muy mínimo, vivísimo y encendidísimo, el cual de sí envía en circunferencia un vivo y encendido fuego de amor; el cual fuego, nacido de la substancia y virtud de aquel punto vivo donde está la substancia y virtud de la hierba, se siente difundir sutilmente por todas las espirituales y substanciales venas del alma según su potencia y fuerza; en lo cual siente ella convalecer y crecer tanto el ardor, y en ese ardor afinarse tanto el amor, que parecen en ella mares de fuego amoroso que llega a lo alto y bajo de las máquinas, llenándolo todo el amor. En lo cual parece al alma que todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada, no echando de ver término ni fin donde se acabe ese amor, sintiendo en sí, como habemos dicho, el vivo punto y centro del amor.

11. Y lo que aquí goza el alma no hay más que decir sino que allí siente cuán bien comparado está en el Evangelio *(Mt.,* 13, 31) *el reino de los cielos al grano de mostaza,* que por su gran calor, aunque tan pequeño, *crece en árbol grande;* pues que el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor que nace de aquel punto encendido del corazón del espíritu.

12. Pocas almas llegan a tanto como esto, mas algunas han llegado, mayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor a las cabezas en las primicias del espíritu según la mayor o menor sucesión que habían de tener en su doctrina y espíritu.

13. Volvamos, pues, a la obra que hace aquel serafín, que verdaderamente es *llagar* y *herir* interiormente en el espíritu; y así, si alguna vez da Dios licencia para que salga algún efecto afuera en el sentido corporal al modo que hirió dentro, sale la herida y llaga afuera, como acaeció cuando el serafín hirió al santo Francisco, que llagándole el alma de amor en las cinco llagas, también salió en aquella manera el efecto de ellas al cuerpo, imprimiéndolas también en el cuerpo, y llagándole también, como las había impreso en su alma, llagándola de amor. Porque Dios, ordinariamente, ninguna merced hace al cuerpo, que primero y principalmente no la haga en el alma. Y entonces, cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llega dentro del alma, tanto mayor es el de fuera en la llaga del cuerpo, y creciendo lo uno crece lo otro. Lo cual acaece así, porque estando estas almas purificadas y puestas en Dios, lo que a su corruptible carne es causa de dolor y tormento, en el espíritu fuerte y sano le es dulce y sabroso, y así es cosa maravillosa sentir crecer el dolor en el sabor.

La cual maravilla echó bien de ver Job (10, 16) en sus llagas cuando dijo a Dios: *Volviéndote a mí, maravillosamente me atormentas*. Porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de la suavidad y dulzura que *tiene Dios escondida para los que le temen (Sal.*, 30, 20), hacer gozar